

ENRIQUETA  
ALONSO PÉREZ



EN DIEZ HISTORIAS







ENRIQUETA ALONSO PÉREZ  
EN DIEZ HISTORIAS

**Edita:**

Ilustre Ayuntamiento de Candelaria

**Alcalde:**

José Gumersindo García Trujillo

**Concejal de Cultura:**

Alfredo Blas Arencibia Saavedra

**Autora:**

Paula Hinojosa

Ilustre Ayuntamiento de Candelaria  
Concejalía de Cultura, Juventud,  
Identidad Canaria, Fiestas y Comunicación.

C/ Pasacola s/n. Edificio Zona Joven  
38530, Punta Larga Candelaria-Tenerife Islas Canarias - ESPAÑA  
Tfno: 822 028 770 - Fax: 822 066 673  
cultura@candelaria.es  
www.candelaria.es

**Imprime:**

Litografía Drago S.L. Tenerife.

**Iª Edición:**

Marzo 2015

**Depósito Legal:**

TF 149-2015

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio de difusión o información sin autorización expresa del editor.





Agradecimientos:

A Manolo Ramos, por su generosidad al compartir con  
nosotros una extensa cantidad de material sobre la  
historia de Candelaria  
Al Círculo de Amistad XII de Enero Mario y José Antonio  
González Mónica Castellano  
Archivo de la Parroquia de Santa Ana

Archivo Municipal de Candelaria



## PRESENTACIÓN

Conocí a Enriqueta muy pronto, antes de que tuviera uso de razón ya la veía salir y entrar de su casa con una cesta en la cabeza que siempre iba cargada, salía con el pescado para la venta del día y regresaba con papas, frutas o verduras, al final de la dura jornada.

Yo vivía enfrente de su casa, en la calle de La Arena, y mis primeros años los compartí jugando en la calle con otros chicos entre los que estaba su hijo Goyo y su sobrino Santiago, hijo de su hermana Concha, que vivía justo al lado y que abrió, allí, la primera churrería que recuerdo en Candelaria.

Tanto trabajo hacía con la mayor naturalidad del mundo, que tras el paso del tiempo te das cuenta, del enorme esfuerzo realizado y del valor de Enriqueta y de tantas mujeres de su época que debe servir de ejemplo a las actuales generaciones. Para ella, era normal caminar hasta Barranco Hondo con una cesta en la cabeza, cuando no, hasta La Esperanza y, luego, de vuelta a Candelaria.

Enriqueta no paraba un momento, siempre alegre, cantando con una voz clara y bien entonada que se oía desde la calle. Era una de las clientes más apreciadas de las ventas del Pueblo por honrada y “buena pagadora” a la que le podían dar fiado.



Sus hijos son su mayor orgullo: Eugenia, Ciro, Candelaria, Carmen Rosa, Mario, Domingo, Carmencita, Goyo y Toño. Recuerdo como al hablar sobre ellos es normal que diga: Mi Ciro o Mi Eugenia. El mismo orgullo que sus hijos sienten por sus padres, Enriqueta e Isidro, un buen padre y buena persona, quienes supieron educarlos e inculcarles los valores que aprendieron a lo largo de una vida llena de lucha y dificultades que supieron superar y convertir en felicidad.

Este libro es el reconocimiento a una persona entregada a su familia, que trabajó y trabajó para sacarla adelante, ejemplo de tantas mujeres de nuestros Pueblos.

José Gumersindo García Trujillo

**Alcalde de Candelaria**



## ÍNDICE

	Pág.
Emilia y Ezequiel .....	15
La Iluminada .....	21
Ética .....	29
Sanfiel y el padre Víctor .....	35
El matrimonio.....	43
El Hospitalito.....	53
La boda.....	57
El pescador.....	61
Un susto de muerte .....	67
La sorpresa.....	75



## EMILIA Y EZEQUIEL

Después de vivir las experiencias más duras que una mujer puede vivir sin experimentar la violencia directa, Emilia se encontraba a solas con su pequeño hijo y con su determinación de salir adelante ocurriera lo que ocurriera. Tenía para ello el ejemplo de su madre, que también a solas había educado a su primer hijo y, como su madre se hiciera responsable, ella misma velaría por el futuro de su niño. Había entregado su corazón y las pocas garantías que una joven de un pequeño pueblo podía dar a un hombre, concretamente, a un primo que tuvo a bien dejarle el recuerdo vivo en las entrañas y salir corriendo a Cuba, donde ella le perdió de vista y de noticias. Y Emilia, aquella joven candelariera bautizada en Santa Ana en 1895, se quedó con el corazón destrozado, un bebé en camino y varios dedos apuntándole por la espalda.

Nadie sabe, ni sus descendientes, qué le dijo Zenona, la madre que años atrás también había sufrido las puñaladas verbales en forma de murmullos casi inaudibles, ni qué pasó antes de que se encontrara con el hombre de su vida, pero no cuesta adivinar las noches en que el miedo debió empujarla como un vendaval y sólo tuvo su determinación para aferrarse, como a un árbol de raíces profundas, mientras miraba a su pequeño Pablo dormir.

Y entonces apareció Ezequiel de la Rosa Coello. Alto y fuerte, tal como se decía que eran los antiguos guanches que poblaban la isla y que allí mismo, en Candelaria, habían encontrado a la Virgen, a la morenita, a la que en secreto Emilia pedía fuerzas y nada más que fuerzas para hacer frente a todo lo que la rodeaba y sacar adelante a su hijo. Ezequiel tenía la mirada calma y bondadosa y le sacaba al menos un par de cabezas pero, ya fuera por su carácter, por que era cuatro años más joven o por intuición pura, al mirarlo de frente Emilia no se sintió intimidada en lo más mínimo.

—Quédate conmigo, le dijo él con su voz ronca, sin mayores florituras y sin dilaciones.

—De acuerdo —respondió Emilia— levantando la cabeza para mirarle directamente a los ojos.

Emilia empezó su vida con aquel hombre de Güímar que criaba cabras desde que tenía memoria, junto a su padre, como habían hecho también sus abuelos; como habían hecho los antiguos guanches. Se fueron a vivir a Las Cuevecitas, en las medianías del pueblo.

Aquél hombre no sólo era constante y bondadoso, también era cálido y su sola sonrisa entibiaba el hogar. Junto al carácter fuerte y emprendedor de Emilia, las cosas fueron tomando forma lentamente. Ezequiel poseía, por herencia de sus padres, abuelos y ascendientes, más de veinte fincas en las que criaba ganado. Además tenía la tradición personal de bajar las cabras anualmente, con ocasión de la Ceremonia

de los Guanches, costumbre que conservó durante más de veinticinco años. Ella le ayudaba con las labores agrícolas y vendía ropa.

El pequeño Pablo crecía y no perdía de vista a su padrastro, aprendiendo, como buen heredero, el cuidado de las cabras. Y Ezequiel se sentía discretamente agradecido de tener una familia, con un hijo mayor siguiéndole los pasos. Pablo miraba a su padre con una admiración rayana en la veneración y Ezequiel sentía por ese niño un orgullo que sobrepasaba con mucho la normal satisfacción que despiertan los primogénitos.

La noche caía sobre Candelaria y sólo la calle de La Arena contaba con tres puntos de iluminación que, gracias a lámparas de carburo, daban la sensación por un breve espacio de burlar la oscuridad. El motor de don Víctor Rodríguez, en Amance, servía para abastecer de energía eléctrica, pero se usaba principalmente para iluminar el cine, mudo aún a principios de los años veinte, que pertenecía a “Pancho el gordo”, su hermano. El cine a su vez, compartía su lugar con el casino donde, de cuando en cuando, se hacía oír la música que animaba algún baile.

Poco tiempo después también se alimentó con el motor de don Víctor Rodríguez la calle, aunque la electricidad no alcanzara a beneficiar el interior de los hogares.

Y con los lentos avances tecnológicos, con las primaveras e inviernos, fueron llegando el resto de los hijos:

María Concepción nació en 1924 y dos años después, en el verano de 1926, un jueves 12 de agosto, vino al mundo una niña rubia, con hoyuelos en las mejillas: Enriqueta.

En 1929, en el barranco El Encajonado, las manos pequeñas apartaban la arena de los charcos que se formaban con la lluvia; una de las pocas formas de lavar sin tener que bajar a las maretas. El agua era entonces un bien escaso. Los pozos eran contados y en el barranco, cuando la lluvia tenía la bondad de dejar un rastro generoso, las manos de Enriqueta o las de su madre, u otras, hacían “una fuente” desde donde extraían agua para beber, cocinar o lavar.

Un trozo de tela se acomodaba al cuerpo de la pequeñísima niña. Mientras sus manos hundían otro trozo de tela en el agua. Cada día, además, según la breve extensión que sus brazos permitiera, cogía la comida para las cabras y ayudaba a sus padres con la venta de la leche. Entre finca y finca cogía tomates, papas o lo que tocara...

Y así los años fueron pasando, amenizados muy rara vez por alguna muñeca de trapo.

Las manos de Enriqueta cogían la tela dentro de la fuente improvisada y la restregaban una vez y otra vez, por un lado y por el otro. Luego llevaba aquel nudo de tela estrujada y aprisionada para tenderlo al escaso sol invernal de Las Cuevecitas. Su única batita se secaría tarde o temprano. Las vecinas la miraban y murmuraban alguna frase suelta que

revelara su asombro por ver a una niña tan pequeña lavando sola su ropa: tenía sólo tres años.

En cuanto al hogar, Emilia tenía una pequeña cocinilla de petróleo que se usaba mayoritariamente para calentar las planchas, de tal modo que la escasa ropa de la familia, además de limpia, luciera bien estirada y para que se pudiera disponer de agua guisada.

Por las tardes, Ezequiel dejaba las cabras al lado del barranco de Martín, cerca del cementerio, y volvía a casa.

En 1932 Emilia daba a luz a un niño, a su último hijo: Fidel. La familia estaba completa.



## II

### LA ILUMINADA

Al comienzo de los años treinta, la Iluminada era el fenómeno religioso, místico y social más importante de Candelaria. Antonia Tejera Reyes había nacido en 1908 en el seno de una familia de escasos recursos. Por esa misma razón, su padre había partido a Cuba a buscar mejores horizontes desde donde entregar un respiro económico a su familia o un respiro para sí. Antonia Reyes, su madre, había tenido que hacer como tantas mujeres de la época: un corazón con sus entrañas, respirar hondo, levantarse antes que el sol, y velar como una leona pacífica pero implacable por dar algún futuro a sus hijos, entre los que se encontraban Antonia, además de Valentina, Pedro, Magdalena y el pequeño Andrés. En el número diez de la calle Santa Ana convirtió parte de su hogar en una pequeña venta de comestibles, a la que acudían a comprar los vecinos y vecinas del barrio. Con la ayuda de los hijos mayores, Antonia madre lograba hacer subsistir a su familia, lograba llenar una olla cada día y dar algo de estudios a sus hijos e hijas.

Y Antonia, que tenía un carácter alegre y gusto por chisporrotear conversaciones, que no siempre tenían un hilo lógico que las hiciera comprensibles, cerraba los ojos desde niña, cayendo en trance, y así, dormida, o como si estuviera dormida, caminaba por la casa sin tropezar con obstáculos

alguno. Tenía los ojos cerrados, pero parecía despierta. Primero su madre no supo qué pensar. Por momentos creyó que se trataba de una broma, pero algo en su conciencia le dijo “ante la duda, abstente” y no la castigó. Luego vino lo de hablar.

No queda en Candelaria nadie que recuerde con exactitud cuándo fue que Antonia empezó a hablar guiada por lo que bien podría haber sido el Espíritu Santo, pero el hecho es que a veces la muchacha hablaba de manera diferente, y se empezaba a susurrar por las esquinas que cuando esto ocurría su rostro se transformaba en otro, de una manera tal, que era imposible olvidarlo. El caso es que en alguna ocasión, dentro de la iglesia, donde Antonia, siendo aún una preadolescente, asistía a catequesis, vinieron a llamar al sacerdote en plena clase.

—Encárgate del grupo, Antonia, que no se desordenen mucho. Vuelvo en seguida.

—Sí, padre —dijo Antonia, solícita.

Las virtudes teologales habían sido el tema de la tarde, las palabras del párroco chocaban con las risas y la distracción de una futura feligresía que se encontraba demasiado animada como para estarse quieta y recibir de buena manera la palabra del Señor. Por eso, el sacerdote sonrió entre enternecido y desconfiado cuando Antonia, que por otro lado tenía una formación de escuela tan escasa como la época forzaba, al menos en el caso de las niñas provenientes de familias con

menos fortuna, se sentó en su silla tomando el lugar de quien instruye.

El religioso volvió apresurando el paso al salón, temiendo que Antonia no pudiera contener la vivacidad de sus discípulos o que ella misma, que tenía su propia tendencia a la risa, se sumara al corro y se hiciera aún más trabajoso volver a la poca calma, que a duras penas, había conseguido antes de salir. Sin embargo, a medida que se acercaba, comprobó que no había griterío alguno, sino una voz clara y dulce, hablando sola. Se acercó con cautela, casi de puntillas y entonces la vió, iluminada por los rayos del sol de aquella primavera que entraban generosamente por las ventanas de la iglesia.

Antonia tenía otro rostro y explicaba la lección de la tarde con una maestría de quien ha estado años y años estudiando, no sólo las más elevadas lecciones de la cristiandad, sino la forma más adecuada de hacer que calaran honda y dulcemente en el corazón de los jovencitos y jovencitas de Candelaria.

El hombre se quedó apoyado en el marco de la puerta mientras veía pasearse frente a sus ojos las hermosas imágenes, la riqueza de las ideas y la encantadora voz de la niña, que ya no era ella, sino una mujer de tremenda sabiduría, que tenía a toda la clase boquiabierta mirándola y escuchándola con sumo deleite, mientras su cabello, su silueta y su rostro se encontraban bañados de la luz dorada del sol de la tarde. El sacerdote por un segundo se encontró a punto de preguntarse si lo que veía no sería una ilusión producto del arrebato místico

y no pudo evitar caer de rodillas y orar a Dios, agradeciendo aquella señal de que había una enviada para Candelaria.

—¡Estás iluminada, Antonia! —fue lo primero que atinó a decir el párroco cuando recobró el habla mundana.

—¡Está iluminada, padre! —empezaron a exclamar los niños, a coro.

La noticia corrió por el pueblo como agua de lluvia por los barrancos, Antonia, la chica de Santa Ana, era una iluminada. Y así fue rebautizada por el habla popular, incluida la familia De la Rosa Alonso.

Sucede que la Iluminada vivía justo al frente de Emilia. Y si Enriqueta se asomaba por la ventana, a veces podía verla salir de su casa y comentar a sus hermanos que había visto a la Iluminada, que a sus vientosésis años, se había convertido en una mujer de rostro sereno y belleza notable. Todo el mundo hablaba de ella, también su padre a quien, por su buen carácter, todo el mundo llamaba “Chequelito” y que cuando sabía de una nueva iluminación de Antonia, se lo comentaba a la familia.

En la Plaza de La Arena, conocida también como “la laguneta”, se encontraba Ezequiel aquel día memorable. Cada vez que llovía, el barranco dejaba caer su caudal de agua en el centro de la plaza, hundiendo el terreno de tal manera que cuando subía la marea se generaba allí una gran fuente de

agua salada. Y allí, con la laguneta de fondo, la Iluminada le habló al padre de Enriqueta.

—Mire Chequelito, yo me voy a meter al mar y voy a salir seca

—¿Eso le dijo, padre?

—Eso me dijo.

—¿Y se metió a la mar?

—Se metió a la mar hasta las rodillas, respondió Ezequiel a su pequeña Enriqueta, dejándola profundamente intrigada, mientras los ojos de su hermana Concha, también le interrogaban vivamente.

—¿Y salió seca?

—Seca, seca...

Enriqueta miraba a su padre con la misma sorpresa que supuso que su padre debió mirar a la Iluminada, que ya para entonces atendía de forma gratuita a todas las personas que le buscaban para pedir consejo, ayuda divina, algo de afecto o sencillamente por saciar su curiosidad. Los fines de semana era tal la cantidad de gente que se acercaba a su casa que muchas veces la Guardia Civil debía imponer orden. Todo ello hacía que en Enriqueta creciera una curiosidad y un deseo de acercarse cada vez más grande.

Cerca de la hora de la comida, Enriqueta miró la casa de la Iluminada, frente a la de su abuela. Como era costumbre, la puerta del cuarto, al lado de la venta, estaba abierta. Se aproximó distraídamente, sus pies dieron los pocos pasos que eran precisos para que lograra acercarse lo suficiente a la puerta de la casa de su vecina y ver qué pasaba en la sala, que estaba convenientemente deshabitada en aquél minuto. Volvió a mirar, fijando los ojos en la mesa del centro de la casa y su mantel. Alrededor no vio un alma, giró la cabeza a la izquierda y a la derecha hasta estar segura de que en el pasaje no habría testigos. Entonces corrió suavemente con los pies descalzos y se metió debajo. Sabía que si la descubrían se metería en un gran lío y se arrepintió casi en el acto de su osadía, pero la curiosidad ya había hecho lo suyo y cuando estaba preparándose para mirar bajo el mantel y salir corriendo, si la ausencia de los dueños de la casa se lo permitían, sintió que unos pasos se aproximaban. De pronto, esas pisadas se sintieron cada vez más cerca, hasta entrar a la casa. Enriqueta pudo reconocer la voz de su propia madre. Unas piernas se marcaron en el mantel y la punta de unos zapatos casi alcanza una de sus manos.

Pronto, sintió además la voz de la Iluminada que hablaba con Emilia. Y en un instante, como un regalo a su curiosidad, la Iluminada entró en uno de sus trances, y empezó a hablar lentamente, con aquella voz dulce que no parecía pertenecerle:

—Tu hijo estará en medio de las balas, pero no le rozará una sola... se irá sano y salvo.... Y sano y salvo volverá.

La Iluminada hizo una pausa para respirar. Una respiración lenta y pesada, que caracterizaba sus estados de trance, se dejó oír en la pequeña sala de su casa, y luego agregó

—Veréis correr la sangre como el agua que anoche corrió.

La noche anterior, en la víspera de San Juan, había llovido copiosamente y el agua del barranco había llegado al mar. Empezaba el verano de 1935.



### III

## ÉTICA

—¡Date prisa!

Enriqueta, que a los diez años ya dejaba ver la herencia del carácter materno, apresuraba a su hermana en medio de la oscuridad.

—¡Ya voy!

La aludida apresuraba el paso, tratando de que la planta de sus pies recordara dónde debía pisar.

A las cinco de la madrugada, Enriqueta y su hermana estaban en pie, bebiendo una escudilla de leche y gofio, en medio de la madrugada de Las Cuevecitas. Luego, con un farol en la mano y la tierra directamente bajo sus pies, invierno o verano, se iba junto a su hermana a la Morra de Chéfinal, en Malpaís, a esperar a “Pepiño”, el cañero que abría la compuerta para liberar el agua con que se debía regar la finca.

El agua bajaba corriendo y ellas corrían hacia abajo, descalzas y con el farol. Sólo las acompañaban los ladridos de Truca y Negro, los dos perros de la casa, que les seguían entusiasmados. Los pequeños y fríos pies de las niñas parecían no tocar la tierra, las piedras, las hierbas medio húmedas por

el rocío. Era un juego, era el juego que jugaban a los diez o doce años, el juego con que se hacían corresponsables de la manutención de la familia.

Mientras tanto, Emilia se encargaba de la leche y su padre de ordeñar para luego, junto a Pablo, sacar las cabras que tenía del corral al lado del cementerio y partir a pasos agigantados a ayudar a sus hijas. Por su parte, Pablo ya era un ganadero consumado, y muchas veces, si Ezequiel enfermaba, asumía las tareas en su lugar sin una sola muestra de contrariedad, aumentando el orgullo que su padre sentía del mayor de sus hijos.

Una vez cumplida la obligación de realizar el ritual de ir a “buscar el agua” para el regadío y ayudar en el transporte de la leña para el hogar, Enriqueta colaboraba en el cuidado del pequeño Fidel. Todo lo hacía cantando, según las melodías que Zenona le había enseñado: isas, malagueñas y folías. Así, repitiendo las canciones que le enseñaba su abuela, la niña Enriqueta no sólo regaba, caminaba o llevaba una cabra, también llenaba de música aquellas lejanías, que por entonces contaban con poquísimos habitantes. En otras ocasiones también iba a el Falsete donde cogía los tomates de la finca de sus padres a punto de madurar y junto a su madre los llevaba a la Rana donde los vendían para su empaquetado y posterior envío a otros destinos que Enriqueta jamás tuvo del todo claro.

El almuerzo solía ser la hora de saborear unas papas guisadas con pescado salado que venía de la Península, que Emilia compraba en la Recova vieja de Santa Cruz.

La escuela, leer, escribir, los números, el silabario, los rezos obligados y las reprimendas de una profesora se fueron postergando y postergando como ocurrió con muchas niñas de su edad antes y después de la Guerra, cuyo destino era ayudar a sus padres y madres, lo que además constituía una práctica para su posterior vida de esposa y el trabajo de la crianza de los hijos.

Emilia, por su parte, contenía en su pequeña estatura la energía de un volcán, ordeñaba las cabras, sembraba y cosechaba papas, tomates, cebollas, regaba junto a sus hijos y su marido, formaba a sus herederos con disciplina y mano firme, contrastando con un padre que era todo cariño y paciencia. El tiempo que le quedaba lo dedicaba a su casa, a vender ropa y hasta buscaba el momento de visitar a su primo Lázaro y su familia por las noches, conversando y riendo mientras compartían un café en el pequeño salón de la joven familia, cuyo hijo mayor tenía la edad de Enriqueta. Junto a Manuel y Susana, Emilia se daba permiso para soltar las tensiones del día, dejando ver una mujer que se solía esconder bajo la apariencia rigurosa y dura, pero que quedó en el recuerdo de los Alonso Otazo como alegre y conversadora.

Así Enriqueta saboreó, desde antes de tener recuerdos, la leche de las cabras que cuidaba su padre, aquel hombre de carácter sereno y de pocas palabras. La leche fue lo único que jamás faltó en aquellos años de escasez, salvo por aquella mañana en que su padre se levantó y cuando se fue a ordeñar las cabras, comprobó que éstas ya se encontraban bastante ordeñadas.

—¿Y no se les secó la leche?— preguntó extrañada Emilia, mientras acercaba la cena a la mesa, que contaba con la tenue iluminación de una vela

—No, para nada. Eso fue alguna mano conocida.

—¿Y va a ir la Guardia Civil, padre?— interpeló Concepción mirando a su padre a los ojos, casi con temor.

—No ¿para qué? Esto fue alguien desesperado que necesitaba la leche para su familia...

—Pero si es un ladrón hay que acusarlo... si uno de nosotros hiciera eso usted se avergonzaría...

Entonces Ezequiel, hizo una pausa en la conversación para mirar a sus hijos directamente.

—Yo sólo me avergonzaría de mis hijos si fueran criminales o ladrones. Pero una persona que no puede darles de cenar a sus hijos una noche, ni la otra, ni la otra, es una persona que roba algo por desesperación. No es un ladrón, es una persona desesperada ¿me entienden?

—Sí, padre— contestó Enriqueta la primera, orgullosa de la sabiduría de su padre y mirando el cabello claro de Ezequiel, pese a la escasa luminosidad.

Ramira había aparecido en la vida de Enriqueta de forma inexplicable, como parte de las cosas, los paisajes y

las personas que siempre han estado allí. La Enriqueta, que para entonces no era más que una lejana suposición, mientras mira hacia el infinito, suele hilvanar la teoría de que Ramira apareció cuando ambas tenían más o menos tres años de vida, sin saber cómo llegaron a reunirse por primera vez, siendo Ramira de Araya y ella de Las Cuevecitas. Como quiera que fuese, Ramira estaba allí cuando Enriqueta bajaba desde Las Cuevecitas por las mañanas o por las tardes con las lecheras u otras mujeres que iban a lavar hasta el Pozo de la Virgen y contemplaba la soga que a ratos parecía interminable, bajar y bajar; subir y subir hasta que, en medio de la oscuridad, se dejaba ver el gran cubo de agua fresca para el consumo de toda su familia, para beberla pura, para el café, para fregar la loza y para asearse, cuidando de no malgastar una gota. Y luego de vaciar aquel tesoro líquido en pequeños barriles que se portaban en perfecto equilibrio sobre las cabezas, subían caminando nuevamente las lomas y los cerros arriba, hasta llegar a las medianías junto a un grupo de más o menos diez personas. Ramira se quedaba en Araya y mientras, ella continuaba enfilando sus pasos hasta Las Cuevecitas, con agua suficiente para comer y beber.

Cuando Enriqueta llegaba a la casa de su padres con el agua, muchas veces el sol ya estaba ocultándose, acariciado desde lejos por los alisios.

Hasta entonces en Candelaria había sólo un coche, un “Uson” de propiedad de “Panchillo” que iba cada día a Santa Cruz, como si de una guagua se tratase. Francisco Pérez, que vivía en la calle de La Arena, tenía un coche de pasajeros de

la marca Hudson, probablemente comprado a Manuel Castro Fariña. Y como en la isla y en el resto del país, estaba viva la República.

## IV

### SANFIEL Y EL PADRE VÍCTOR

El 5 de marzo de 1936 fue nombrado Gobernador para la provincia de Santa Cruz de Tenerife don Manuel Vázquez Moro, que había sido alcalde de Jerez de La Frontera en Cádiz y que tan pronto llegó, hizo saber sus intenciones de recorrer la Isla detenidamente para enterarse, de primera mano, de las necesidades de sus habitantes, así como su voluntad de repetir este proceso con las islas de La Palma, La Gomera y El Hierro. Sin embargo, no tuvo tiempo para ello.

Cuando empezó la Guerra, él y su secretario del Gobierno Civil fueron cesados inmediatamente por las fuerzas nacionalistas y apresados junto al Gobernador de la provincia de Las Palmas de Gran Canaria.

Poco antes de eso, Zenona se dirigía a Santa Cruz, frente a la Plaza de Los Patos, con su nieta de nueve añitos. La visita tenía por objeto hablar con Domingo Rodríguez Sanfiel, el joven Presidente del Círculo de Amistad XII de Enero, que había sido elegido a fines del año anterior.

Zenona planeaba comentarle a Sanfiel cómo marchaban las cosas en la Fana, finca de su propiedad, de la cual ella era medianera. Aquella mañana la abuela de Enriqueta llevaba a la casa del joven una cabra que estaba dando leche para que

allí se alimentara y la ordeñaran. Sanfiel, hombre alto y bien parecido, conversaba con la mujer distendidamente hasta que, por un gesto completamente casual, giró su cabeza y vio a Enriqueta, esperando en educado silencio a su abuela, con un vestido que había perdido parte de su color y que empezaba a quedarle pequeño. Sin embargo no fue el vestido lo que más llamó la atención del presidente del Círculo de Amistad. Fueron los pies descalzos de Enriqueta los que despertaron su sorpresa y su compasión.

—¡Ay, Zenona! Trae a la niña descalcita... Tenga seis perras y cómprele unas lonas.

—Gracias, don.

—Pero se lo digo en serio, calce a la niña, por favor.

—No se preocupe, don, así lo haré.

Enriqueta se quedó mirando al desconocido y le pareció que aquel hombre era, con diferencia y sólo después de su padre, uno de los hombres más buenos del mundo.

El ambiente político del país estaba enrarecido. Y ya fuera por devoción pura o por angustia y la necesidad de tener un aliado con poderes sobrenaturales que dieran alguna sensación de protección, la imagen de la Virgen de Candelaria se encontraba en perpetua amenaza de robo por parte de diversos grupos devotos de otros municipios que se acercaban por la noche al viejo Convento de los Dominicos, con la

finalidad de llevarse la imagen de la divinidad cristiana hacia su propio pueblo. En Candelaria se formaban comisiones de hombres para cuidar la imagen que estaba resguardada en el Convento Viejo.

Para la Navidad de 1935, sin embargo, la familia olvidaba momentáneamente los trabajos excesivos y la escasez, además del miedo por lo que pasaba con el país. Tras un suspiro por la ausencia de su hijo mayor, Ezequiel mató un baifo y Emilia lo puso en adobo, como en tantas navidades anteriores, lo acompañaron con papas y pronto llegaron los invitados a comer: Gregoria, Constanza y Juan. En la sala se habían dispuesto, para no sentarse directamente en el suelo, unos sacos de azúcar y en medio del círculo de personas, compuesta por Emilia, Ezequiel y los tres hijos que estaban en casa, la carne, las papas y el pan. La familia De la Rosa Alonso y los vecinos, cenaron en la Nochebuena.

Enriqueta conservaba la alegría de los ensayos de villancicos dirigidos por Víctor Fernández de la Riva, fraile dominico, superior del Convento tras la restauración, que debió hacerse cargo temporalmente de la parroquia de Santa Ana, ganándose el afecto de cuántos le rodearon. Junto a Lucrecia, Concha Castro y otra amiga en el coro de la iglesia vieja, Enriqueta daba rienda suelta a una de sus actividades favoritas: cantar. Las voces de aquellas niñas adornarían el silencio habitual del templo y las canciones animarían aun más la ilusión navideña. Su hábito blanco, compuesto de una túnica, una capilla con capucha, un escapulario y un rosario

sujeto al cinto, lo hacían ver desde lejos, casi como un buen presagio.

—Tenga, para la tela —le dijo el padre Víctor a Sara, la modista que se encargaría de hacer los vestidos de comunión de las niñas a las que el sacerdote quería como si fueran hijas propias.

—¿Cuántas niñas son, padre?

—Son diez, Cha Sarita.

Poco tiempo después, Enriqueta se confesó con su querido guía espiritual e hizo su primera comunión en junio de 1936, ya calzada con las lonas que Rodríguez Sanfiel había financiado para ella y con el vestidito que les había regalado su apreciado párroco. Luego de la comunión, dentro del convento, les ofrecerían a todas las niñas un vasito de un chocolate cuyo aroma se escapaba generosamente desde un caldero.

No habían pasado un mes de aquello, cuando en pleno julio vino la Guerra. De pronto se hizo imposible salir de noche. Los somatenes, una antiquísima organización de origen catalán nacida en el siglo IX con el objetivo de la autodefensa contra el saqueo de las tierras por parte de labradores, tenía en su origen la loable función de avisar, a toque de campana, a los poblados para evitar que éstos fueran a su vez víctimas de robos y violencia. La organización cuyo nombre provenía del catalán “so emetent”, es decir emitiendo sonido, se extendió por toda España y después de ser disuelta en la República por

sus ideas conservadoras, resurgió en 1936 para defender los intereses de las clases pudientes y vigilar las calles en ayuda de las fuerzas nacionalistas, cuando su nombre en catalán ya se había acortado por “sometent”, dejando claro la diferencia de las nuevas fuerzas con su objetivo original.

Los somatenes de Canarias se paseaban por la noche, y junto a los falangistas podían “confundir” a cualquier ciudadano con un maqui y atacar, generando miedo a circular de noche por el pueblo.

—Virgencita de Candelaria, cuídame a mi niño, no permitas que nada le pase. Que sea como dijo la Iluminada y que no lo toquen las balas y que vuelva sano y salvo...

—Virgen de Candelaria, cuida al mayor de mis hijos. Haz que regrese vivo a casa.

Emilia y Ezequiel se encomendaban a la Virgen discretamente, para no alarmar a sus otros hijos. Pablo estaba en la Guerra y recibir una carta habría sido de ayuda, pero ninguna carta llegaba a casa. Republicanos y falangistas se “atrincheraban” tan cerca unos de otros que circular por donde fuera era un riesgo para cualquier ciudadano o ciudadana.

Y en mayo de 1937, Enriqueta, con diez años, recibió la noticia con los ojos y la boca abierta, que aquél hombre guapo y joven que le había dado unas monedas a su abuela para que ella tuviera sus primeras lonas, había sido apresado y muerto junto al Gobernador Civil y el Secretario del Gobierno

provincial por encargo del General Dolla, venido de El Hierro, quien aseguró su muerte junto a la de otros políticos republicanos luego de la llegada de Franco al poder.

—Le acusaron de gritar consignas a favor del comunismo— susurró el padre Víctor, mientras a Enriqueta empezaban a hacérsele agua los ojos. —Es que murió un soldado nacionalista— continuó el sacerdote.

—¿Cómo lo sabe?— se atrevió a preguntar la niña —Porque pidió que yo lo confesara y me contó la verdad. Yo lo confesé antes de morir, mi niña...

Domingo Rodríguez Sanfiel, con treinta y tres años de edad, había sido acusado de cooperación a incitar la rebelión, pidiendo la Fiscalía Jurídico Militar de Canarias su reclusión perpetua a muerte por medio del fiscal Lorenzo Martínez Fuset el 21 de septiembre de 1936. Enriqueta acababa de cumplir diez años.

Sin embargo, en octubre de ese mismo año, el general Ángel Dolla ordenó convocar un nuevo consejo de guerra, que dictó como sentencia la culpabilidad del presidente del Círculo de Amistad XII de Enero, modificando la pena de reclusión perpetua a pena de muerte.

—Ha sido una injusticia, mi niña, —comentaba en susurros el sacerdote a la niña que apenas podía entender lo que estaba escuchando—. Él era un hombre correcto, un buen

hombre. Yo sé que él no ha hecho lo que se dijo. Rodríguez Sanfiel era inocente.

Enriqueta tenía la boca cubierta con las palmas de las manos por el horror y sus ojos de niña, que apenas entendía el significado de la palabra muerte, dejaron caer las primeras lágrimas, mientras observaban la angustia de un hombre mayor, de una de las pocas autoridades de su vida infantil. Los ojos de Enriqueta durante décadas han vuelto a mirar a 1936 cuando recuerda este episodio, llenándose de una luz de cristal que contiene la tristeza que su voz deja escapar, resquebrajándose por segundos.

Al día siguiente, y a pesar de haber descargado parcialmente el impacto de esta noticia, entre otras que debieron llegar a sus oídos, igualmente oscuras y tristes, el padre Víctor falleció, producto de un infarto que impidió que siguiera escuchando las penas y horrores propios de una guerra.

Cuando se previó claramente el triunfo definitivo de Franco, una semana antes de su entrada en Madrid, los cargos insulares de la Iglesia concedieron un permiso especial para que la Morenita fuera a visitar a los feligreses de Santa Cruz y La Laguna. Se organizó una serie de actos entre los cuales se encontraban exposiciones de todo tipo: ganado, flores y plantas, labores “antiguas y modernas”, repostería, pinturas, pájaros y fotografía. Contaba además el programa con espectáculos infantiles y por supuesto, la procesión que naturalmente incluía un breve paseo de la imagen de la Virgen de Candelaria por

las calles de la capital insular. A las señoritas que participarían en el evento, se les solicitó que no se presentaran con trajes típicos regionales, sino que los cambiaran por la peninsular mantilla negra.

La imagen de la Virgen salió del Convento el día 14 de mayo en una carroza automóvil, acompañada del clero y religiosos, gobierno local y una escolta de guanches, para llegar a La Cuesta a las ocho de la mañana. Después de las procesiones y actos religiosos, la imagen quedaría en la iglesia de la Concepción, para al día siguiente ser llevada a La Laguna. Fue una fiesta multitudinaria la que se hizo para festejar el fin de la Guerra sin saber que aún quedaba la posguerra por soportar.

Pablo volvió de la Península y colaboró con el cuidado de la iglesia. Había estado en Teruel y había participado en la cruenta batalla del Ebro, ocasión en que fue apresado por las fuerzas republicanas, según contó a su regreso. Tal y como dijo la Iluminada, en medio de las batallas más cruentas de la Guerra, no lo rozó ni una bala.

## EL MATRIMONIO

Los bailes volvían a aparecer en la vida de la población de Candelaria. A pesar de la pobreza reinante de la posguerra, a pesar de las pérdidas, a pesar de la tristeza, la voluntad de sonreír, en Candelaria como en otros pueblos, volvió a asomarse tímidamente, y en varias casas la noche se iluminaba con lámparas de carburo y melodías que se interpretaban con las voces virtuosas del pueblo canario. Y Enriqueta cantaba para las romerías y bailes. Cantaba folías, isas, malagueñas. Cantaba como su abuela le había enseñado, para deleite de quien pudo escucharla.

A los catorce años Enriqueta, que vivía con su abuela, medía más de un metro setenta. Su cabello claro brillaba y se movía graciosamente en ondas, cada vez que estaba suelto. Junto a Ramira, además, solía asistir a los bailes que se realizaban en algunas casas en Las Cuevecitas, junto a las invitadas e invitados, que llegaban alumbrados por faroles, que a su vez, protegían las velas que posteriormente alumbrarían el improvisado espacio para bailar o a las guitarras que hacían sonar algunas de las piezas musicales que Enriqueta solía cantar a petición de los asistentes, con una voz nítida y dulce.

—Enriqueta ya tiene catorce años— dijo Emilia a su marido en voz baja. —Está en edad de casarse.

—¡Qué dices! —Ezequiel miró a su mujer fijamente, a la luz de la vela que iluminaba la pequeña mesa.

—Mi madre la enviará con nosotros a casa, y yo creo que debería conocer al hijo de Peregrina.

Al día siguiente por la mañana, Enriqueta se mudaba a Santa Ana junto a sus padres. Su estatura, su rostro, su cabello rubio, su piel, su caminar equilibrado y erguido, hacía que las miradas la siguieran y más aún cuando se la oía cantar con otras jovencitas o cuando se la veía camino a las maretas a lavar la ropa.

Peregrina y Manuel, su marido, vivían junto a sus hijos en unas cuevas en la entrada oriente de Candelaria. La relación entre las dos mujeres había nacido hacía un par de meses cuando Emilia le vendió a Peregrina unas papas. Con la mirada siempre puesta en el bienestar de sus hijos e hijas y orientándose por lo que sabía de la familia González, además de lo que le dictaba su propia intuición, había decidido que Isidro podía ser un buen marido para su hija. Se veía un muchacho serio, de mirada directa, como su marido, trabajador. Se dejaba ver como un hombre de fundamento. Proveniente de una familia de pescadores, había llegado después de estar en la Guerra, y era lógico que quisiera formar una familia.

Aunque tenía el gran inconveniente de no contar con tierras propias, a Emilia le pareció bien que Enriqueta lo conociera y escuchara su propuesta, y se mostró además

dispuesta a ayudar a la joven pareja hasta que se pudieran asentar.

—Enriqueta, casémonos pronto. Podemos vivir al principio en casa de tu madre, que está de acuerdo, mientras hacemos nuestra casa. Luego nos cambiamos y vivimos allí con los hijos que Dios nos dé.

Enriqueta tenía apenas quince años, y miró fijamente al joven, que contaba con diez más que ella. Tenía algo que le recordaba el carácter sereno de su padre. Cuando miraba hacia el frente, parecía que los ojos de Isidro apuntaban al infinito, hacia un lugar difícil de llegar. Enriqueta se permitió sopesar aquellas cosas que una jovencita de su época debía considerar seriamente: ¿Cuánto tiempo viviremos con mis padres? ¿Ganaremos lo suficiente? ¿Será un buen esposo y un buen padre?, y también se permitió observar con agudeza y detención todas aquellas cosas que todas las mujeres han considerado desde el principio de los tiempos, aunque no se digan en voz alta: tocó la textura de la voz de aquél hombre, se dejó conmovir por la mirada transparente de los ojos oscuros de Isidro, y se dio unos segundos para apreciar el tamaño y la apertura de sus manos. Le gustó su tranquilidad, la bondad que su rostro dejaba entrever entre las cicatrices de su vida dura, los gestos acompasados y casi lentos, la forma del arco de sus cejas y adivinó, casi sin confesárselo a sí misma, la temperatura de su torso.

—¡Por los novios!

La familia brindaba con un vino del sur. Ezequiel mató un lechón y Emilia junto a María Peregrina prepararon un almuerzo tan sustancioso como se pudiera en aquellos tiempos de escasez, y las familias De La Rosa Alonso y González se dispusieron a celebrar la unión de Isidro y Enriqueta, que se miraban de reojo y a ratos se sonreían discretamente.

En los escasos momentos libres en que la pareja estaba tranquila y a pesar de ser un hombre de pocas palabras, Isidro comenzó a desgranar poco a poco su vida. Entre susurros, le contó a Enriqueta cómo aprendió a pescar de la mano de su padre, le habló de sus ocho hermanos, de la primera vez que subió a una embarcación en el mar, le narró brevemente su experiencia en la Guerra, compartió con ella pequeñas historias de su infancia... y en medio de esas pequeñas conversaciones, en Santa Ana, Enriqueta empezó a observar cómo, con los meses, su vientre crecía y crecía.

En casa de Emilia nacieron los primeros tres hijos: Eugenia, Ciro y Candelaria. Cada parto fue siempre secundado por las manos de Emilia sin otra ayuda que su experiencia y la tela en que los envolvía tan pronto terminaban de llegar al mundo.

Mientras, Emilia ayudaba a su hija con el cuidado de sus pequeños nietos, pero no se detenía en su trabajo: vendía ropa para el pueblo y con lo que lograba juntar, un poco con dinero, un poco con canjes por animales, compró propiedades, pensando en sus hijos. Luego Eugenia tuvo edad suficiente

para colaborar en el cuidado de sus hermanos y hermanas durante las ausencias de su madre.

Entre las propiedades que Emilia compró, estaba una pequeña casa de teja en la calle de La Arena, que adquirió por cuatro mil pesetas, comprándosela a Federico Chico.

—Mira mi niña, yo no te di dote, porque no había dinero para eso, pero te voy a pasar esa casa, que va ser mejor que una dote, porque una casa donde vivir es lo más importante de un matrimonio. Además, si quieres te puedes llevar tu cama y algunas mantas.

En Las Cuatro Esquinas de Güímar, Enriqueta compró por primera vez un sombrero de fieltro para su marido. Tenía una casa, cama, hijos y un marido que usaba un sombrero negro. Ya era una mujer adulta.

A veces el pescado llegaba a las nueve de la mañana. A veces, sin embargo, Isidro se iba a pescar por la tarde-noche, cuando se trataba de traer conejo, que se iba a buscar a “la mar del medio”. Enriqueta salía de su casa en la más absoluta oscuridad, y junto a otras mujeres, a las dos o tres de la mañana, esperaba en la playita que actualmente se encuentra al lado del muelle, con una gran cesta en las manos que, una vez recogido el bote, cargaba con pescado fresco: conejo, sardinas, ...

Caminar por Candelaria, desde Santa Ana hasta la playa de Santiago, no suponía riesgo alguno, ni para ella ni para el resto de las mujeres que enfilaban silenciosamente sus

pasos rumbo a la orilla del mar con la brisa recorriéndoles la cara. No había un alma en los alrededores, salvo ellas, que daban la impresión de ser apariciones en la noche, apariciones iluminadas por faroles que sostenían en la mano, apariciones con faldas que ondeaban con el viento de la madrugada.

Una vez que Isidro ponía en la canasta de Enriqueta el pescado ya limpio, partían juntos hasta su casa, donde descansaban algunas horas hasta el amanecer. Luego Enriqueta partía caminando hasta Barranco Hondo. Por la carretera sus pies, a veces descalzos, recorrían la distancia que separaba el pueblo de Candelaria del cumplimiento del deber de sobrevivir. Otras mujeres salían de sus casas a comprar el pescado, que la mayoría de las veces se pagaba con una escudilla de gofio, harina, frutas y verduras, que Enriqueta sumaba a su gran cesta y cargaba sobre su cabeza. Si no conseguía vender todo el pescado en Barranco Hondo, seguía caminando con su cesta hasta La Esperanza.

Junto a dos o tres mujeres, emprendía el camino con la gran canasta cargada con lo que le quedaba por vender, más las “pagas” de lo vendido, que muchas veces pesaban más que la carga inicial. Subía un monte, atravesaba un bosque de pinos, en medio de los primeros rayos del sol. Y ahí, en la soledad más absoluta, las mujeres aprovechaban para beber agua en una pequeña vertiente y refrescar sus rostros, tantas veces sudorosos por el esfuerzo. Luego volvían a coger sus cargas, las apoyaban sobre sus cabezas y seguían camino a La Esperanza. Cuando llegaban, a algunas les esperaban con una escudilla de leche y con un poco de gofio para beber, a

sabiendas del esfuerzo que demandaba para las vendedoras de pescado haber llegado allí. Enriqueta bebía la leche con gofio, pensando en el momento en que llevaría sus “pagas” a sus hijos y los vería saboreando su propia leche con gofio en casa.

En otras ocasiones, Isidro la acompañaba hasta Aroba, por donde pasaba el camión de Juanito Cruz, que la llevaría a ella y a otras pescadoras a la capital de la isla y que las dejaría en las cercanías de la Recova, un viejo edificio construido a fines del siglo XIX, cuya lonja de pescado conocida como Mercado de Hierro, tenía la misma función que el edificio levantado frente a la Plaza de la Madera, en un solar expropiado; “por razones de higiene”. En la vieja Recova, justo al lado del Teatro Guimerá, se concentraba la venta de alimentos. En su patio central el sol dejaba caer sus rayos más luminosos cerca de las diez de la mañana, mientras las vendedoras de pescado de Candelaria intentaban vender algo dentro de la misma Recova o se paseaban ansiosamente esperando poder salir.

Una vez que la hora lo permitía, Enriqueta dirigía sus pasos tan rápidamente como podía llevar su pesada carga, hasta la Plaza del Príncipe y bajando por las cercanías del Hospitalito donde le esperaban sus primeras clientas. Seguía su camino por esa calle y luego empezaba a recorrer la calle El Castillo hasta la altura de la misma Recova y más abajo, casi hasta llegar a la Plaza de la Candelaria.

En medio del ajetreo natural de la calle Bethencourt Alfonso, conocida como San José según su primer nombre,

Enriqueta compraba sus vestidos, en un gran almacén. Pocas veces volvía: los vestidos nuevos no eran un gusto, sino una necesidad, un vestido que reemplazara al que se le rompía y que le permitía seguir presentándose ante sus clientas de la manera más impecable posible.

Los días cambiaron desde que empezó a funcionar la guagua que conducía Aquilino. La guagua esperaba a las pescadoras frente a la playita en que desembarcaban los botes de los pescadores y llevaba a las mujeres a sus recorridos de venta por dos pesetas.

—¡Canta algo, Enriqueta!

Ya todas sentadas, el resto de las vendedoras de pescado solía pedir a Enriqueta que cantara alguna canción. Enriqueta entonces dejaba de lado, durante el trayecto a Santa Cruz, la tristeza y la angustia de preguntarse si vendería bien su carga y así, con las mujeres cantando, partía la guagua hasta Las Cuevecitas, Araya, Santa Cruz, La Laguna, Los Rodeos, Tacoronte, La Orotava, a otra jornada en que a solas o en grupos de dos o tres, recorrerían kilómetros y kilómetros, ofreciendo el pescado hasta la hora en que Aquilino las recogía en el punto acordado previamente. Las mujeres llegaban a la guagua de regreso agotadas y cuando no lograban vender su carga a cambio de dinero, la cambiaban por papas, higos, peras o gofio, que pesaban tanto o más que la carga original. Volvían a Candelaria, con sustento para sus familias, con los pies inflamados y las piernas doloridas.

Así, una vez de camino a Candelaria con sus canastas cargadas con otros productos de subsistencia, las mujeres tomaban un breve respiro antes de llegar a sus hogares, donde les esperaban las labores domésticas, las labores maternas y a veces, los deberes de esposa.

En la Laguna se caminaba desde la Plaza del Cristo hasta San Benito, San Lázaro y más allá; En Tacoronte, por toda la Carretera General hasta llegar al campo de fútbol y luego bajar hasta la carretera Tacoronte-Tejina.

— Sardinaaaaas fresquitaas...

La voz de las Enriqueta se hacía oír desde lejos. Y durante el año cincuenta y uno, mientras ella vendía pescado o cocinaba, o lavaba la ropa, o servía la comida para sus hijos, su mejor amiga, Ramira, contraía matrimonio sin poder contar con su presencia.

Ya en la guagua, desde que salían del norte, las vendedoras de pescado volvían a pedirle a Enriqueta que cantara. ¡Otra, otra, otra! Y la dulce sensación de ser la estrella de aquél pequeñísimo escenario se filtraba por los poros de Enriqueta joven, y volvía a cantar otra canción y otra y otra... hasta siete veces, que contó una tarde camino de Candelaria.

Por la noche, los pasos silenciosos de Enriqueta se acercaban al pozo nuevo, que se había puesto a funcionar en el año 1951, y llevaba sobre su cabeza, como cuando niña, un barril de agua clara. En medio de la oscuridad, Enriqueta

volvía con el barril lleno de agua de beber. Era un secreto a voces, que evitaba que tuviera que ir a las maretas a lavar después de su doble jornada de trabajo fuera y dentro de casa. Luego, ya durmiendo sus hijos, se ponía a la lavar la gran cantidad de ropa, que incluía la de su marido y de ella misma. Al otro día, planchaba antes de irse y sus niños se iban a la escuela con ropa planchada y con ese inconfundible olor a la limpieza que lleva la evidencia del esmero.

En 1948, el Ayuntamiento acordó con don Víctor Rodríguez que la iluminación de la calle de La Arena quedara encendida durante toda la noche en los días más importantes de las fiestas del pueblo, el resto de las noches, la electricidad que alumbraba la calle de La Arena, se retiraba del pueblo a las once de la noche, en punto.

—¡Buenos días, Enriqueta! Le había saludado como cualquier otro día la voz de Cristóbal, que llevaba a las pescadoras en vez de Aquilino, y que como él, también tenía su propia embarcación. En la guagua de Cristóbal fue a La Laguna, para caminar kilómetros con su cesta en la cabeza, como siempre, volvió a casa con algo de dinero y alimentos para sus hijos. Al llegar, preparó de comer, y limpió su casa. Tal y como hizo cada día durante venticinco años.

## VI

### EL HOSPITALITO

—¡Me duele la barriga, mamá!

Domingo y Mario se llevaban las manos al estómago y doblaban sus piernas en la cama. Una colitis había contagiado a dos de sus niños. Enriqueta les dio lo que tuvo a mano y esperó a que los síntomas desaparecieran, pero pese a las agüitas de canela, manzanilla y algunos otros remedios caseros, la situación no cambiaba en lo más mínimo. Los niños se quejaban continuamente y los síntomas no se detenían.

Enriqueta entonces los arregló lo mejor que pudo, los peinó, se peinó y salió con sus niños para coger la guagua hasta Santa Cruz. La guagua costaba dos pesetas y Enriqueta contó su dinero: tenía el dinero justo para ir y para regresar a su casa. No tenía dinero para comprar medicamentos, ni para comer.

Llegó, con sus niños quejándose, al Hospitalito, esperando a que les inyectaran algo y los enviaran de vuelta a casa, pero los niños habían alcanzado a deshidratarse producto de la fuerte colitis y la infección intestinal no podía descuidarse. Una enfermera se lo dijo claramente:

—Mire, los niños se tienen que quedar porque han perdido mucho líquido y esa infección que traen no va a desaparecer de un día para otro.

Mario quedó en una habitación en la segunda planta y Domingo en la primera. Enriqueta pensó en todo, estaba claro que se quedaría en Santa Cruz, pero ni siquiera tenía dinero para comer.

Los niños ya se encontraban estabilizados y durmiendo cuando Enriqueta se acordó de que no había comido en todo el día. Volvió a mirar las monedas que le quedaban, pero comprobó, otra vez, que le quedaba lo justo para volver, con sus niños. El estómago empezaba a molestarle y la angustia de tener a sus hijos ingresados y no tener los recursos para comer, quiso invadirla por unos minutos. Los olores de la cocina del Hospitalito empezaban a rozarla.

—¿Qué quiere— Dijo una de las trabajadoras de la cocina al ver que una mujer alta miraba hacia dentro. Su mirada mostraba severidad y pocas ganas de entablar amistades.

—Tengo mis niños ingresados, vinimos de Candelaria, y yo no traje dinero. Tendré que quedarme a cuidarlos, pero debo comer...— terminó de musitar Enriqueta, sin saber a ciencia cierta qué posibilidades Enriqueta Alonso Pérez tendría de contar con un escape que impidiera que tuviera que volver a Candelaria y dejar a sus niños.

—La comida es para los enfermos y el personal —  
respondió la cocinera sin mostrar mucha comprensión.

—Mire, yo podría trabajar a cambio de la comida...  
podría... lavar los platos. Yo podría lavar todos los platos...  
Todos los platos.— La mujer la miró entonces con más  
detenimiento.

—Mmmm... bueno, la verdad es que siempre queda algo,  
yo creo que sí podría ser, espere un momento.—Desapareció  
tras un separador de ambientes y volvió a aparecer.

—Tendrá que esperar a que entreguemos en las  
habitaciones, pero sí, usted lavará los platos a cambio.

Enriqueta, con un nudo más en el estómago, pero uno  
menos en el corazón, subió y permaneció con sus hijos, a los  
que ayudó a comer. Cuando se volvieron a dormir, fue a la  
cocina y comió lo que le sirvieron. Una vez satisfecha comenzó  
a lavar la gran montaña de platos del Hospitalito.



## VII

### LA BODA

Habían pasado treinta y siete años desde que Ezequiel se había presentado en la vida de Emilia cambiando la soledad por compañía y por un amor que se supo mantener en los días duros, antes y después de la Guerra. Sus hijos habían crecido y se habían convertido en hombres y mujeres de bien. El menor, Fidel, contaba ya con treinta y cinco años. Ezequiel y Emilia tenían, incluso, nietos el día en que Ezequiel se enteró del fallecimiento de su primera mujer.

En los tiempos en que la Iglesia regulaba la vida cotidiana del pueblo, como de la isla, como de España, la posibilidad del divorcio se veía pecadora y lejana. Y Ezequiel, fiel, afectuoso, buen padre y su mujer, debieron esperar décadas para poder soñar con el momento de contraer el sagrado vínculo. La pareja había vivido su vida y había criado a sus hijos sin ni siquiera detenerse a soñar con que un día podrían casarse, y que serían al fin, ante los ojos de Dios y de toda Candelaria, por lo menos, legítimamente marido y mujer.

Con todo esto, la noticia fue triste. Siempre se paseó por los ojos del gran padre de Enriqueta la tristeza leve de una historia que no vio la luz de mantenerse en el tiempo. La pequeña huella del fracaso de lo que pudo ser y no fue.

Pero pasados algunos meses, el gran día llegó al fin. Y una mañana a inicios de junio, con la bendición primera del sol, Ezequiel de la Rosa Coello y Emilia Alonso Pérez, más su madre y sus hijos, se encaminaron a la capilla del Convento Viejo. El sacerdote los esperaba, con una mirada compasiva y sonriente.

Entraron lentamente, como dos jóvenes que no han dado siquiera un beso y se acercaron al altar, casi sin saber qué pensar. Pablo, Concha, Enriqueta y Fidel miraban a sus padres orgullosos de su historia y de la clase de amor que deseaban para sus propias vidas, acompañados por sus respectivas esposas, maridos y los hijos que veían aquella fuerza que acercaba a abuelo y abuela de una manera inexplicablemente clara, casi visible.

Ezequiel y Emilia se arrodillaron en los reclinatorios y secretamente dieron gracias a Dios por tener en su infinita bondad, la oportunidad de obtener la bendición para su amor.

La voz del sacerdote sonó como un eco lejano y nuboso.

—Ezequiel ¿Aceptas a Emilia como tu esposa?

¿Prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

Y mirando a los ojos a su compañera de toda una vida, Ezequiel dijo con la voz profunda y firme:

—Sí, sí quiero.

—Emilia ¿Aceptas a Ezequiel. como tu esposo?

¿Prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

Por tres segundos completos ella vió a su esposo llegar, enseñarle a su pequeño Pablo a cuidar las cabras, llegar a casa por la noche, tomar en sus brazos a Concha y Enriqueta, celebrar el nacimiento de Fidel, enseñarles a sus hijos e hijas los valores humanos por los que regía su vida, en menos de tres segundos volvió a sentir el aroma de su cuello y el sabor de sus labios y de su piel, lo vio apagar las lámparas de casa y supo que ya habían sido fieles en la pobreza antes que en la prosperidad, en la salud y la enfermedad y que ya lo había amado y lo seguiría amando sin remedio todos los días de su vida.

—Sí quiero —respondió serena y hasta discretamente feliz.



## VIII

### EL PESCADOR

Avanzaban los días de 1960, hacía un año que en Santa Ana se había instalado una pequeña central eléctrica financiada por el Cabildo, cuyo objetivo era principalmente el alumbrado de la Basílica, sólo que a los pocos meses fue evidente que no era sostenible desde lo económico alumbrar sólo el templo y la electricidad empezó a visitar, para quedarse, las casas del centro de Candelaria.

Se instalaron unos “limitadores” del consumo eléctrico que se programaban para dejar de abastecer la vivienda según la cantidad de luz que fuera contratada, de acuerdo al número de bombillas que se usara en cada casa: cincuenta o cien voltios, según las necesidades y posibilidades económicas de cada familia. Para ello el Cabildo aportó dos motores. El primero que estuvo a cargo de eso fue Juan Yepa, que cuando se retiró dejó su puesto a Miguelito, que había estado ayudando a Víctor Rodríguez con su propio motor y por tanto, contaba con experiencia.

Cuando los flamantes operarios echaron a andar los motores de la central del Cabildo, éstos se negaron a trabajar. Mandaron a cargar una botella de aire comprimido a Güímar, pero nada, el motor seguía negándose a asumir sus funciones. Llamaron al proveedor al que se compró el motor y, aclaradas

las dudas, encendieron una mecha y dieron vueltas al beo, enérgicamente. Hecho esto, el motor quedó funcionando. Miguel graduaba los limitadores, satisfecho.

Los limitadores cumplían cabalmente su función. Cuando el consumo llegaba a los voltios contratados, el limitador saltaba y se acababa el suministro de electricidad hasta el mes siguiente. Entonces a un joven, un joven cualquiera, se le ocurrió el truco de dar al limitador un golpe seco y calculado con un palo. El resultado fue instantáneo. La luz volvió. La costumbre poco a poco se fue extendiendo, hasta que un limitador dejó de funcionar y su dueña, mujer de edad, asesorada en electricidad por los nietos, debió pagarlo.

Mario sintió a su padre levantarse en la madrugada para ir al mar. Sin pensarlo dos veces se puso de pie y calzándose, bajó corriendo.

—Padre, lléveme con usted, yo también quiero ser pescador.

Isidro, hombre amigo de la disciplina, se le quedó mirando un segundo en que evaluó la estatura, la complexión, la mirada y la seriedad de intención de su heredero. Y lo llevó. Mario saltó al bote loco de alegría, y tan pronto su padre cogió los remos se mostró atento a seguir las órdenes de aquél hombre fuerte y recio al que admiraba no tan secretamente, pero el vaivén de las olas, la corta edad y la falta de costumbre hicieron lo suyo y durante toda la jornada no pudo hacer otra cosa que vomitar.

Al llegar a tierra, Isidro, divertido, le miraba tratando de disimular la gracia que le hacía la aventura de su hijo.

—¿Estás arrepentido?

—No, fue la respuesta fuerte y clara del niño. — Quiero volver a intentarlo.

En el salón, que no tenía mesa, se tendían dos sacos de azúcar en el suelo, se vaciaban las papas guisadas y las caballas en los platos. Los niños comían con apetito y Mario pensaba y pensaba, mientras comía un trozo de caballa frita, cómo sería el momento en que el pez saliera del agua producto de sus propias manos.

Pasaban algunos días y Mario volvía a la escuela, pero tan pronto encontraba ocasión, le volvía a pedir insistentemente al padre que le llevara con él al mar. Isidro, en la segunda ocasión se cuestionó si no era muy niño para llevarlo aún.—Yo empecé a los cinco años, se decía a sí mismo. Pero ante la insistencia del muchacho, finalmente cedió.

— ¿Listo? — Preguntó Isidro a su hijo con los remos en la mano.

— ¡Listo! — Respondió el pequeño Mario con todo entusiasmo.

Llegó a coger la pandorga y distraer a su estómago unos minutos. El padre lo miraba serio, pero en el fondo divertido,

se veía a sí mismo a los cinco años, cuando en compañía de su propio padre, aprendió los secretos de la pesca, con los que ahora alimentaba a su familia. La pregunta se repitió una vez más en tierra. ¿Estás arrepentido?

—No, volvió a responder Mario —Quiero volver a intentarlo.

En la oscuridad del cuarto en el que dormían los niños y niñas acomodados de tres en tres camas, aquella noche Mario soñó con un bote que se mecía lentamente por el vaivén del mar, soñó que su padre le entregaba unas redes gigantescas. Soñó que tenía los brazos largos y fuertes y que recibía las redes y las dejaba entrar en el agua poco a poco, que las volvía a levantar sin esfuerzo para comprobar que estaban llenas de caballas, conejos, lubinas y sardinas, que los peces brillaban a la luz dorada del sol y que él alzaba la voz para decir —Padre, mire padre, ¡He pescado mucho! — Y que al levantar su mirada para ver a su padre, éste no estaba. Despertó empapado en sudor, tocando los pies de uno de sus hermanos.

En medio de la madrugada, toda la casa estaba sumergida en los ruidos de la noche, las vueltas en la cama de alguno de sus hermanos y los ronquidos de su padre, en la pequeña división que se le había restado al salón para dar algo de intimidad al matrimonio, una pequeña reserva del espacio común de la casa, en que un año más tarde dormiría el nuevo miembro de la familia; Gregorio.

Isidro volvió a esperar un tiempo antes de llevar a su hijo otra vez. La tercera vez que lo llevó, el niño iba serio y con una cara que reflejaba su determinación. Una vez en la pequeña embarcación, Mario siguió, una a una, las instrucciones de su padre y volvió a casa sin haber vomitado, con el espíritu inflado de orgullo y con los ojos de su padre siguiéndole como si acabara de descubrirlo por primera vez. A partir de entonces, su aprendizaje fue ininterrumpido y decidió, así, a los ocho años, que sería pescador.



## IX

### UN SUSTO DE MUERTE

Así pasó el tiempo sin que se diera cuenta, hasta que sus hijos mayores eran jovencitas y jovencitos. La casa en la calle La Arena se fue haciendo poco a poco, primero, nada más que un salón donde apenas se apartaba un dormitorio para el matrimonio y en el resto del espacio se acomodaban los niños con colchones. Posteriormente, se inició la construcción de una segunda planta. Para llegar a la habitación de arriba, se debía salir un momento a la intemperie y subir una escalera, pero fue un avance y permitió algo más de privacidad a Enriqueta y su marido y más espacio para los niños. Poco a poco la familia González Alonso, fue comprando más camas y un cuñado de Enriqueta mejoró el salón. El baño seguía siendo de pozo y se encontraba fuera.

En el año sesenta y cuatro la Unelco levantó la central de Las Caletillas, que permitió que la energía eléctrica llegara por fin a toda Candelaria. Y en la primavera del mismo año, nació el más joven de los hermanos González Alonso: José Antonio.

Se había construido el muelle y había más trabajo, llegaba más gente a Candelaria a conocer la Basílica, las cosas comenzaban a mejorar.

Enriqueta miraba a sus niños crecer sanos y fuertes y a veces respiraba aliviada pensando que todo su esfuerzo dejaba ver sus frutos, luego salía a Güímar, se dirigía a la tienda de las cuatro esquinas, donde compraba los sombreros que siempre llevaba su marido.

—Vamos a tener que operarlo —dijo el médico un par de semanas antes de que José Antonio, el menor, fuera a dar al Hospital por una hemorragia que no se detenía. El menor de sus hijos tenía diecinueve años y había heredado la fragilidad capilar de su padre. Un accidente hizo que se golpeará fuertemente la nariz y comenzó a sangrar de manera excesiva y constante.

—¿Qué desea señora? —La voz de la recepcionista del Hospital General y Clínico de Canarias, no parecía derramar empatía.

—¿No lo está viendo? —Respondió Enriqueta, impaciente por la frialdad del trato. —A mi hijo no para de sangrarle la nariz...

—Pero eso se pasa solo, señora.

—¡Que no, que no se pasa solo! Lo está tratando el médico de La Esperanza, es una fragilidad capilar que tiene desde siempre...

La enfermera cambió un momento la expresión de su rostro.

—Pues tendrá que esperar a que lo atienda el médico de turno, señora —dijo sin mayor muestra de entender lo que pasaba.

—¡Cómo que tengo que esperar qué! —arremetió Enriqueta con toda su energía.

—¿A Qué voy a esperar? ¿A qué mi niño se desmaye desangrado mientras alguien me lo quiera atender? ¡No!

¡Yo no espero nada! ¡Me lo ingresan ya! ¡Ahora mismo!— La voz de Enriqueta se alzó fuerte, como un rugido que hizo estremecer toda el área de urgencias del Hospital.

De pronto y esperando calmarla, se decidió que José Antonio fuera ingresado en una sala de cancerosos.

—Mamá, ¿Qué van a hacer? —El chico miró a su madre con miedo y rabia.

—¡Yo no soy canceroso! ¡Diles que yo no soy canceroso!

Enriqueta dirigió una mirada de fuego a los paramédicos

—¡Dónde me lo están mandando! ¡Mi hijo no es canceroso! ¡Que esta hemorragia no es cáncer! ¡Ya les dije que me lo está tratando el médico de La Esperanza!

—Yo conozco la voz de esa mujer. Esa mujer a mí me suena de algo. Yo sé que la conozco—dijo el médico de turno al escuchar las reclamaciones que Enriqueta hacía a viva voz.

—Es una señora que está reclamando por su hijo, que —tiene una hemorragia nasal.

—¿Dónde está?

—Aquí, Doctor, —dijo una de las enfermeras, guiándolo hasta Enriqueta.

El médico miró a Enriqueta unos segundos, era obvio que la conocía.

—¿De dónde es usted?

—De Candelaria.

—¿Y qué le pasa?

—Me han internado a mi niño en la sala de cáncer y mi hijo no tiene cáncer, es sólo una hemorragia, está tratándose hace tiempo con médico de La Esperanza, que ya me había dicho que lo tenía que operar. Yo sé que esto cuesta dinero y yo no tengo más que una casita en Candelaria— continuó Enriqueta, mirando al médico fijamente a los ojos— pero si se trata de salvar a mi hijo, yo le firmo la casa.

—Tranquila, mujer. Es que yo creo que yo la conozco de algo.

—Si no me ha visto en Barranco Hondo vendiendo pescado...

—¡Pero claro! ¡Ésta es la mujer que recorre todo vendiendo pescado! ¡Si yo tengo el chalet en la curva de donde usted pasa! ¡Claro que la conozco!

Y cogiéndola de un brazo, como quien coge a su mejor amigo, el médico se la llevó a la sala en que se encontraba José Antonio.

—Venga pa'cá —le dijo el médico, con voz amigable y decidida.

El profesional dio orden inmediata para el cambio de sala del hijo de Enriqueta, a una sala común, donde lo vería su doctor de cabecera, que ya venía en camino desde La Esperanza. El hombre, tan pronto llegó, revisó el estado de salud de José Antonio y se fue sin dilaciones a hablar con su madre.

—Ahora usted tire pa Candelaria, pero corriendo, mañana habrá que operarle y no va a resistir sin donantes de sangre.

Enriqueta partió a Candelaria a toda prisa, allí le esperaba su yerno para irse con ella a donar sangre en ese

mismo momento, pero ella sabía que un solo donante no era suficiente y se fue a toda prisa a casa de Maruca.

María y Francisco eran un matrimonio que conocía a Enriqueta desde cuando llegaron a la calle de La Arena, con sus bártulos en un camello, e instalaron allí una pequeña venta en que vendían telas, colchas y ropa, entre otras cosas de utilidad para el hogar. Una venta que fue creciendo con el tiempo y de la que Enriqueta era clienta hacía años. El joven hijo de la pareja, Bruno, tenía compatibilidad con el grupo sanguíneo de José Antonio y por ello era el perfecto candidato para ser el segundo donante necesario para salvar la vida de su hijo.

Bruno se presentó ante Enriqueta con el rostro contraído por la angustia de no poder responder en ese mismo instante. Sin saber lo sucedido con José Antonio, había visto un partido de fútbol y había tomado unas cervezas. Enriqueta estaba a punto de quebrarse por las lágrimas cuando Maruca la cogió por los hombros.

—Quédate tranquila, muchacha. Mañana a primera hora Bruno estará dándole sangre a tu hijo en el hospital.

La operación se llevó a cabo tan pronto llegó el médico. Enriqueta esperaba en una sala mientras se encomendaba una vez más a la Morenita, a la misma que se habían encomendado sus padres cuando el mayor de sus hermanos fue a la Guerra y la misma a la que se encomendó su abuela y probablemente su bisabuela.

Estaba en ello sin perder un segundo, cuando la voz de la enfermera la interrumpió.

—Señora, señora... ya están donándole sangre a su hijo.

Bruno había llegado, cumpliendo cabalmente la palabra empeñada la noche anterior. La vida de José Antonio estaba a salvo.



## X

### LA SORPRESA

Aquella tarde de marzo de 2010, Enriqueta se vistió con esmero. En el espejo se contempló la falda y chaqueta de media manga, que realzaban su estatura y dejaban ver una mujer madura, de porte distinguido y sereno. Habían pasado casi treinta años desde que Enriqueta se retirara, desde aquella tarde en que llegó a casa, cesta en mano, para no volver a salir a vender pescado. La mayoría de sus hijos ya habían formado sus propios hogares: hombres y mujeres altos, fuertes, hechos a mano, a las manos trabajadoras, infatigables, decididas, suaves, resistentes y luchadoras de su madre y de su padre.

Desde que dejó de trabajar la vida le brindó ciertas compensaciones a los años de pobreza, trabajo, sacrificio y alguna angustia. Por medio de los programas para turismo de la tercera edad, Enriqueta tuvo la oportunidad de conocer la Península: Cantabria, Barcelona, Málaga, Sevilla, Gibraltar..., y el Ebro. Enriqueta conoció directamente los lugares donde su hermano se jugó la vida, para volver milagrosamente ileso, tal como lo predijera la Iluminada, un año antes del inicio de la Guerra. En su último viaje había partido junto a una treintena de personas rumbo a Francia. Ya conocía el sur y había llegado hasta Roma; en aquella ocasión tocó viajar por el norte, para conocer también Bélgica y Holanda.

Su cabello, que dejaba escapar las canas de sus casi ochenta y cuatro veranos, pero que permanecía fino como el de una joven, alcanzaba a engalanar discretamente su rostro. Gregorio, convertido en un respetado policía, la había llamado y le había pedido que le acompañara a una reunión. Enriqueta pensó que se trataría de algún evento relacionado con el trabajo de su hijo y pocos minutos antes de las ocho, partió escoltada por él mismo y por Mario, aquél niño que soñaba con ser pescador como su padre y que hacía varios años era el Patrón Mayor de la Cofradía de Pescadores de Candelaria.

Partieron hasta la Zona Joven del Ayuntamiento, un edificio de hormigón que se ubicaba casi frente al mar en Punta Larga. En la planta alta, se esperaba el inicio de un acto. Alrededor de sesenta personas se encontraban en el salón.

Mónica llevaba casi tres semanas preparando el evento con que, como ya era tradición en Candelaria, se rendía un homenaje a las mujeres destacadas del pueblo en el Día Internacional de la Mujer Trabajadora. Todas las invitaciones habían sido enviadas. El programa se había desarrollado con tanta antelación como cariño por las personas que compartirían aquel momento del año.

—Ven, mamá —le dijeron, orgullosos, a Enriqueta sus hijos y la ubicaron en una butaca.

Mario y Gregorio lo sabían, Mónica lo sabía; Enriqueta no. Se trataba de una sorpresa que quería obsequiarle su querido niño Josesín, el nieto de Sindo Trujillo, que tenía un

bar con una venta justo frente a su casa en la calle de La Arena, donde el pequeño vivía junto a sus padres. Josesín y Goyo, al menos hasta que cumplieron nueve años, se encontraban en la calle y pasaban tardes enteras, de una casa a la otra, jugando a la pelota, al escondite o a monta la chica, inventando historias y aventuras. Josesín compartía junto a la familia González Alonso el pescado frito que cocinaba Enriqueta y el pan que solía darle su abuelo.

De vez en cuando, el pequeño Josesín con sus ocho años de perspectiva, miraba a Enriqueta, que siempre estaba trabajando: cocinando, limpiando, fregando... Y le parecía que aquella mujer debía ser con toda claridad la más fuerte y trabajadora de todo el pueblo. Su mirada no cambiaría mucho al llegar a alcalde.

El evento se inició con las palabras de bienvenida de Gema Tremps, locutora de la radio municipal. De un segundo a otro Enriqueta se percató de que estaban hablando de ella. Y cuando la maestra de ceremonia dijo que Enriqueta había sido una mujer muy trabajadora, que había vendido pescado cuando en la playa no había muelle aún, Enriqueta recordó la Cueva de la Virgen cuando no estaba arreglada. Y se acordó de ella misma, que salía con la cesta de pescado por Aroba y luego se iba caminando hasta Barranco Hondo y volvía caminando cuando acababa de vender.

Pasó por la cabeza de Enriqueta, sentada mirando lo que sucedía, aquel hombre que se encontró en la calle de La Arena, cuando arreglaba una maceta en la puerta de su casa

y él le dijo “¡Señora! ¿Es que no se acuerda cuando iba a La Esperanza a vender pescado?”. Se acordó de su madre y las ocasiones en que la consoló y que le ofreció dinero para ayudarla con la alimentación de sus hijos.

Y luego de la proyección de un vídeo sobre mujeres rurales, la llamaron al escenario, junto a Cándida Díaz “Candita”, de Araya, a quién le habían presentado minutos antes. Ahí estaba su pequeño Josesín. Ya todos los demás podían ver al alcalde de Candelaria, pero ella no veía sino al pequeño de ojitos brillantes que jugaba con su hijo en la calle de La Arena.

El alcalde y la concejala del área Igualdad del Ayuntamiento entregaron a Enriqueta una estatuilla, diseñada años antes por un joven que había tenido suficiente amor por la alfarería de Candelaria para dar la pelea por ella. David había diseñado en el año 2003 la imagen de una mujer de pueblo, una mujer como ella, una mujer con una cesta en las manos. Desde entonces la imagen se entregaba a cada candelariera que en el mes de marzo recibía el homenaje de su pueblo: por su trabajo, por su trayectoria, por su sacrificio, por mostrar una huella a seguir. Mónica, a su vez, miraba la escena con atención y una vez más, se daba cuenta que su trabajo estaba lleno de sentido.

Enriqueta agradeció emocionada el homenaje que se le hacía, breve y concisa, después de todo, ella no era mujer de palabras, sino de acciones.

Todo lo que siguió, pasó a otra velocidad: el homenaje que realizó la Asociación de Mujeres de Candelaria, Amucan, y la encantadora música de la Coral, cuya actuación preparó su directora, Rosa, ensayo tras ensayo, sin que Enriqueta lo sospechara siquiera.

Al llegar a casa, una vez a solas, se sentó en su silla frente a la mesa del comedor y miró la foto de su marido. Sintió esa pequeña dificultad para acostumbrarse a la ausencia del hombre del sombrero, aquel hombre que se dedicó a la pesca toda su vida y que, sin embargo, jamás supo nadar. La dificultad de no sentir sus pasos serenos y su voz queda. Recordó sus idas a Güímar, a comprar el sombrero negro, siempre negro, que costaba mil pesetas, hasta que en el año 2001 Mario fuera a comprar el último, por dos mil. Después de trancar la puerta, como cada día, subió a la planta alta, se sentó en el balcón mirando, a solas, el horizonte. Se preguntó que habría dicho su marido de aquel evento y miró los colores del atardecer.

Cuando el sol terminó de perderse y su juego de colores se fundió con la noche, Enriqueta entró a su casa, y antes de ir a la cama, se preguntó si al día siguiente la llamaría su nieto, que siempre la llama, porque adora que su abuela le haga papas guisadas con atún.



## OTRAS FUENTES

(Enlaces):

- Blog de Pedro Medina Sanabria  
(Muerte de Domingo Rodríguez Sanfiel)  
<http://pedromedinasanabria.wordpress.com/2011/01/04/1610/>  
<http://personales.ya.com/pedroms/pdf/4S03.pdf>
- Periódico EL DIA.  
<http://www.eldia.es/2008-08-03/santacruz/12-Manuel-Vazquez-Moro-ultimo-gobernador-civil-II-Republica.htm>
- Blog Manolo Ramos “Candelaria Ayer y hoy”  
<http://www.manoloramos.es/Publicaciones/Candelaria%20Ayer%20y%20Hoy/AyeryHoy.html>



ENRIQUETA  
ALONSO PÉREZ

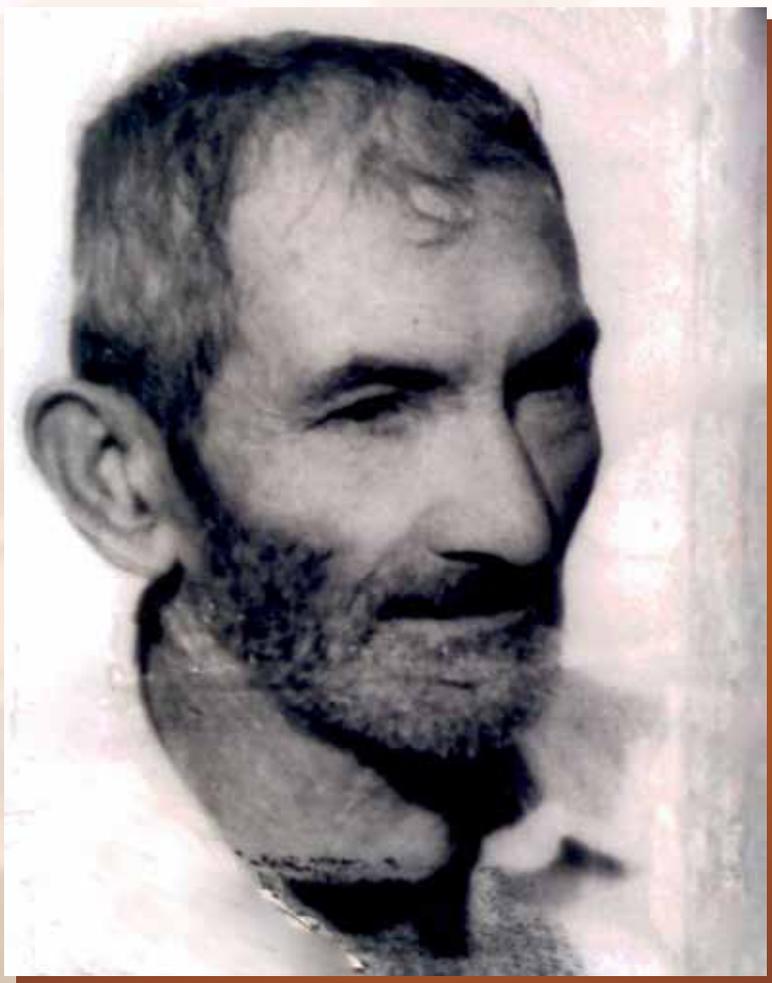


ÁLBUM FOTOGRÁFICO



Domingo Rodríguez Sanfiel, Presidente del Círculo de Amistad XII de Enero, quien regaló a Enriqueta sus primeras lonas.



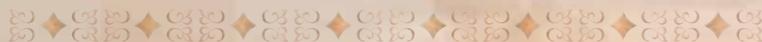


Manuel González, padre de Isidro.



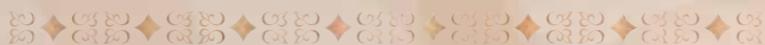


Enriqueta, Isidro y siete de sus hijos e hijas. De pie (izq a der). Mario, María del Carmen, Domingo. Sentados: Carmen Rosa; en los brazos de Enriqueta, José Antonio; en los brazos de Isidro, Gregorio y María Candelaria.



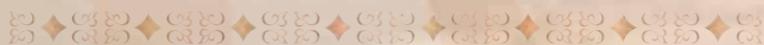


Carmen Rosa González Alonso.





Gregorio.





Mario González y los Reyes Magos.





Enriqueta junto a sus hijos menores: José Antonio (izq.)  
y Gregorio (der.).





Eugenia y Ciro

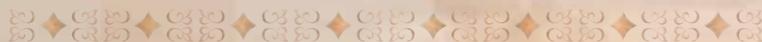


Boda de María Candelaria. A la izquierda del novio, Isidro y a la derecha de la novia, Enriqueta y José Antonio.





El matrimonio González Alonso y amigos de Isidro.





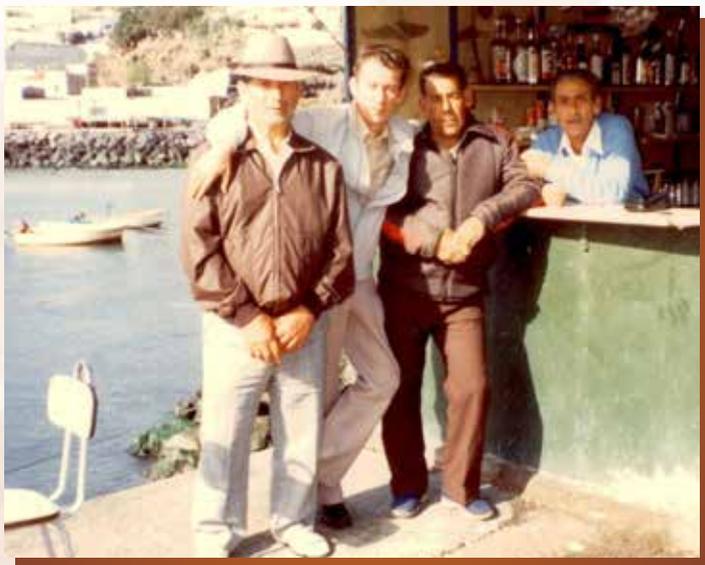
Isidro González.





Isidro y su embarcación nueva, año 1973.



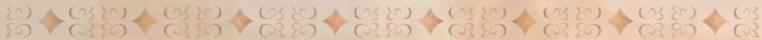


Isidro, cuando la inauguración del muelle.



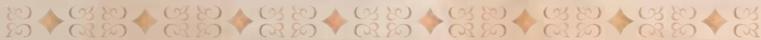


Enriqueta en uno de sus viajes al norte de España.





Enriqueta en Roma.





Enriqueeta e Isidro, en casa de Mario, celebrando la primera comunión de su hijo mayor.





Reconocimiento a Isidro como hombre de mar en 1997.





Ayuntamiento de  
**Candelaria**

